

Textos del siglo XVIII

Muy Señor mío: . Convengo con Vmd. en que la nimia* incredulidad, en orden a milagros, es perjudicial a la Religión. ¿Pero no es también perjudicial a la Religión el extremo de la nimia credulidad? Una de las causas, que mantienen en sus errores a innumerables Sectarios, es el descubrimiento que han hecho de la falsedad de muchos milagros, que publicó como legítimos la imprudente piedad de algunos Católicos; y habiendo hallado en esta materia mucho, que no es verdad, se propasan a creer, que todo es mentira

Y debe entender Vmd. que no doy por testimonio suficiente en materia de milagros la voz común de un Pueblo, ni aun de toda una Provincia; porque repetidas experiencias me muestran, que estas opiniones populares comúnmente traen su origen de la inconsideración; de la ignorancia, tal vez del embuste, de sujetos, que por alguno de los tres capítulos, o por todos juntos, no merecen alguna fe. Un hombre solo de inviolable veracidad, y perspicacia reflexiva, que, como testigo de vista, me testifique un milagro, hallará en mí más deferencia, que un millón de sujetos, que carecen de estas prendas. Así, aun cuando sólo un San Ireneo asegurase la multitud de milagros, que hacían los Fieles en la primitiva Iglesia, le creería yo, como lo creo, sin la menor perplejidad.[...]

. La sagrada virtud de la Religión, conducida en la Nave de la Iglesia, navega entre dos escollos opuestos: uno es de la *impiedad*, otro el de la *superstición*. En cualquiera de los dos que tropiece, padecerá funestísimo naufragio. Así es menester llevar la Religión por un medio igualmente distante de uno, y otro. La Religión concretada al vulgo, nada, o casi nada peligra hacia el primer escollo; y al contrario peligra infinito hacia el segundo. El Pueblo instruido desde la infancia en lo que debe creer, nunca se descamina por sí mismo hacia la impiedad; o por lo menos este riesgo es muy remoto. Mas al contrario, es tan resbaladizo hacia el escollo de la superstición, que para que no se estrelle en él, se necesita una extrema vigilancia de parte de los que rigen la nave.

De aquí vienen tantas prácticas supersticiosas: de aquí la veneración de muchas falsas, o por lo menos dudosas reliquias: de aquí la preconización de inmensa multitud de milagros. Y esta tercera especie de superstición es la menos remediable de todas por dos principios. Uno, el que alguno de los mismos, que pudieran, y debieran desengañar al Pueblo, le fomentan (ellos saben el motivo) en su vana creencia. Otro, que los que dotados de mejores luces conocen cuanto importa depurar de vanas credulidades, rara vez se atreven a oponerse a los caprichos del ciego vulgo, que protegido de algunos, que no parecen vulgo, no duda de insultarlos como poco afectos a la Católica piedad, o tibios en la Fe,

Pero a mí jamás me intimidarán tan insensatas cavilaciones. Seguro de mi conciencia en cuanto a esta parte, diré mi sentir siempre que lo pida la oportunidad .

*excesiva

Gazel a Ben-Beley

Cuando hice el primer viaje por Europa, te di noticia de un país que llaman Francia, que está más allá de los montes Pirineos. Desde Inglaterra me fue muy fácil y corto el tránsito. Registré sus provincias septentrionales; llegué a su capital, pero no pude examinarla a mi gusto, por ser corto el tiempo que podía gastar entonces en ello, y ser mucho el que se necesita para ejecutarlo con provecho. Ahora he visto la parte meridional de ella, saliendo de España por Cataluña y entrando por Guipúzcoa, inclinándome hasta León por un lado y Burdeos por otro.

Los franceses están tan mal queridos en este siglo como los españoles lo estaban en el anterior, sin duda porque uno y otro siglo han sido precedidos de las eras gloriosas respectivas de cada nación, que fue la de Carlos I para España, y la de Luis XIV para Francia. Esto último es más reciente, con que también es más fuerte su efecto; pero bien examinada la causa, creo hallar mucha preocupación de parte de todos los europeos contra los franceses. Conozco que el desenfreno de su juventud, la mala conducta de algunos que viajan fuera de su país profesando un sumo desprecio de todo lo que no es Francia; el lujo que ha corrompido la Europa y otros motivos semejantes repugnan a todos sus vecinos más sobrios, a saber: al español religioso, al italiano político, al inglés soberbio, al holandés avaro y al alemán áspero; pero la nación entera no debe padecer la nota por culpa de algunos individuos. En ambas vueltas que he dado por Francia he hallado en sus provincias, que siempre mantienen las costumbres más puras que la capital, un trato humano, cortés y afable para los extranjeros, no producido de la vanidad que les resulta de que se les visite y admire, como puede suceder en París, sino dimanado verdaderamente de un corazón franco y sencillo, que halla gusto en procurárselo al desconocido. Ni aun dentro de su capital, que algunos pintan como centro de todo el desorden, confusión y lujo, faltan hombres verdaderamente respetables. Todos los que llegan a cierta edad son, sin duda, los hombres más sociables del universo, porque, desvanecidas las tempestades de su juventud, les queda el fondo de una índole sincera, prolija educación, que en este país es común, y exterior agradable, sin la astucia del italiano, la soberbia del inglés, la aspereza del alemán ni el desapego del español. En llegando a los cuarenta años se transforma el francés en otro hombre distinto de lo que era a los veinte. El militar concurre al trato civil con suma urbanidad, el magistrado con sencillez, y el particular con sosiego; y todos con ademanes de agasajar al extranjero que se halla medianamente introducido por su embajador, calidad, talento u otro motivo. Se entiende todo esto entre la gente, de forma que, con la mediana y común, el mismo hecho de ser extranjero es una recomendación superior a cuantas puede llevar el que viaja.

Cartas marruecas –Cadalso

Los toros

... Así corrió la suerte de este espectáculo y el clamor de sus censores, lejos de templar, irritó la afición de sus apasionados, y parecía empeñarlos más y más en sostenerle, cuando el celo ilustrado del piadoso Carlos III lo proscribió generalmente, con tanto consuelo

de los buenos espíritus como sentimiento de los que juzgan las cosas por meras apariencias.

La lucha de toros no ha sido jamás una diversión, ni cotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni generalmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamás; en otras se circunscribió a las capitales, y dondequiera que fueron celebrados lo fue solamente a largos periodos y concurriendo a verla el pueblo de las capitales y tal cual aldea circunvecina. Se puede, por tanto, calcular que de todo el pueblo de España, apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo, pues, se ha pretendido darle el título de diversión nacional?

Pero si tal quiere llamarse porque se conoce entre nosotros desde muy antiguo, porque siempre se ha concurrido a ella y celebrado con grande aplauso, porque ya no se conserva en otro país alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria a los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres, criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos y que al cabo perecen o salen estropeados de él, se puede presentar a la misma Europa como un argumento de valor y bizarría española, es un absurdo. Y sostener que en la proscripción de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nación sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral ni en el civil, es ciertamente una ilusión, un delirio de la preocupación. Es, pues, claro que el Gobierno ha prohibido justamente este espectáculo y que cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio, aboliendo las excepciones que aún se toleran, será muy acreedor a la estimación y a los elogios de los buenos y sensatos patricios.*

*[**Patricio**. Individuo que por su nacimiento, riqueza o virtudes descuella entre sus conciudadanos.]

Gaspar Melchor de Jovellanos

Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen.